

Curriculum vitae

María Golfe Folgado

I see reminiscent today those Greek and Germanic systems¹ y recuerdo esos sistemas al recordar este verso y pienso que, lo que parece robusto en un sistema, parece liviano recogido en un verso. Estoy segura de que mi paso por la universidad no ha sido una trivialidad y de que mi título de graduada en Filosofía por la Universidad de Valencia –firmado por el rey de España– me avala y me permite poner un pie sobre el mundo; un título, a salvo en un cajón de mi escritorio, resistente incluso a los pecillos de plata. Pero para poner con seguridad el otro pie y tocar tierra, primero hemos de aprender a caminar y no sería pedir demasiado que cualquier alumno que haya llegado a ser nominalmente un exalumno –como la fusión del estado líquido al sólido, pero con un ojo puesto en la sublimación gaseosa– se pregunte con Montaigne: “Que sais-je?”. Que esta pregunta me aceche con más frecuencia, que se manifieste con mayor claridad, indica que me encuentro en el momento de ejercer mi juicio. El joven Glaucón le pide a Sócrates que diferencie al hombre perfectamente injusto que parece justo del hombre perfectamente justo que parece injusto (*República* 358 b-d). Por mi parte, he de diferenciar perfectamente a la joven que se creía adulta de la verdadera adulta, a la alumna que pensaba saber muchas cosas de la profesora (en prácticas) que teme no conocer las suficientes y encontrar en esa distinción un atisbo de certeza que me permita decir: “Me irá bien” (εὖ πράττειν; cf. *República* 621 d).

Para que nuestra experiencia sea lo más completa posible hemos de trazar relaciones. Pero ¿cuántas de las cosas sobre las que creo poder opinar que *no* son heredadas superan el número de los simulacros de la experiencia?

φιλομαθῆς γάρ εἰμι: τὰ μὲν οὖν χωρία καὶ τὰ δένδρα οὐδὲν μ' ἐθέλει διδάσκειν, οἱ δ' ἐν τῷ ἄστει ἄνθρωποι.

(Soy amante de aprender. Los campos y los árboles no quieren enseñarme nada y sí los hombres de la ciudad. [PLATÓN, *Fedro* 230 d, trad. de L. Gil, en *Diálogos*, CEPC, Madrid, 2007.])

El otro día me preguntaron si por “experiencia” quería decir exclusivamente la información que llega al cerebro a través de los sentidos. Lo importante para cualquier empirista no son los sentidos, sino qué ocurre con la información que procesamos: confiamos en que nuestro cuerpo cumple sus

¹ ‘The Base of All Metaphysics’ en WALT WHITMAN, *Leaves of Grass*, ed. de M. Moon, W. W. Norton & Company, 2002.

funciones incluso al margen de nuestra conciencia, pero es nuestra conciencia la que ha de funcionar tan eficientemente, como ya hemos oído, *siendo consciente de sí misma*. Si la función de nuestros glóbulos rojos –que nos suene extraño apropiarnos de “nuestros” glóbulos rojos es una señal de no tener claro si nuestro cuerpo es debidamente “nuestro”– y su hemoglobina es la de transportar el oxígeno, trazar relaciones –conectar el punto A con el punto B– es la primera función de una conciencia sana: así damos el primer paso para interpretar el mundo y el lugar que ocupamos en él. A propósito, ser amante de aprender (φιλομαθής en la cita anterior) no se aleja de todo esto. Aprendemos porque hemos emprendido una busca o porque alguien nos ha enseñado lo que previamente desconocíamos. En el primer caso hay una urgencia: necesitamos saber qué es tal cosa y por ello suspiramos aliviados cuando damos con ella; en el segundo, puede darse lo anterior o puede ser accidental. Sea como fuere, ya no podemos vivir sin saber que conocemos lo que desconocíamos. Eso, que ya forma parte de nuestro modo de ser, se relaciona con el mundo y así lo interpretamos. El homomorfismo de la ciudad y el hombre de la *República* (368 e-369 a) se convierte en la marcada diversificación de la multiplicidad del mundo de fuera y la pequeña unidad de apercepción interna a la que hemos denominado de muchas maneras a lo largo de la historia conceptual, incluida el “sujeto de apercepción trascendental”.

Por si no ha quedado claro hasta ahora, me propongo ser profesora de filosofía en la enseñanza secundaria. Hace unos años hice un examen de ética y lo suspendí. Es uno de mis mayores logros. Cuando fui a pedir explicaciones, recibí lecciones acerca de cómo habría debido escribirlo, i. e. al unísono con el manual estipulado, así como la apreciación, pese a todo, de que tenía inclinaciones sanas y de que parecía tener las ideas claras. Hoy me doy cuenta de que siempre he tenido esta intuición: cuando alguien dice que tienes las ideas claras, debemos desconfiar inmediatamente por no tener ni idea de lo que dice. En otra ocasión, me dijeron que en mi examen de metafísica me faltó desarrollar la “meta-física” como “trans-física” en referencia a la “onto-teología”, la “onto-trascendencia” y la noción de fundamento (y lo que todo ello supone para la metafísica) y, no obstante, se alabó mi “madurez filosófica”, pese a haber hecho demasiadas “referencias culturalistas”. Lo que me recuerda la anécdota que recoge Diógenes Laercio sobre el tratado de Heráclito que Eurípides le dio a Sócrates. A modo de paráfrasis: lo que he entendido, dijo Sócrates, es excelente, al igual que lo que no he entendido. Pero es que necesitamos a un buceador de Delos para encontrarle el sentido.

A lo largo de la vida como estudiantes redactamos una cantidad indeterminada de escritos académicos, algunos desafortunados, como esos exámenes. Por mi parte, además de algunas anécdotas, de mi paso por la universidad destacaría solo lo que aprendí escribiendo el texto que puso fin a mi carrera. Dedicué mi Trabajo de Fin de Grado al *Protágoras* de Platón (*Sócrates como Prometeo. Una lectura del Protágoras como introducción a los Diálogos de Platón*, Ápeiron, Madrid, 2022) y este año terminaré el Máster de Profesorado de Secundaria en la Especialidad de Filosofía sin haberme enfrentado a ningún examen, salvo la prueba de nivel de valenciano – indispensable, como dicen, para la enseñanza de la filosofía– y con un Trabajo

de Fin de Máster que girará en torno a la enseñanza del *Alcibíades Mayor* en las aulas. Consagrar los últimos trabajos al amparo de la Academia a dos diálogos de Platón –ambos pedagógicamente introductorios, siguiendo las observaciones de William H. F. Altman, a quien he traducido (*Platón el maestro*, UCOPress, Córdoba, 2022) y estoy traduciendo (*Ascenso a lo Bello*, UCOPress, Córdoba, 2025)– indica que mi mayor preocupación es, al menos, una y doble: la educación y la filosofía. Esto queda plasmado también en el seminario que dirijo sobre los diálogos platónicos en La torre del Virrey y que, en el curso 2023-24, celebra su tercera edición dedicada por entero a la *República* y las *Cartas*. Mi currículum en ORCID tiene ya 15 entradas en el apartado de obras y, con la frase de Don Quijote que obsesionaba a Unamuno, me pregunto qué conquistó a fuerza de mis trabajos.

Je suis si affady apres la liberté, que qui me deffenderoit l’accez de quelque coin des Indes, j’en vivroys aucunement plus mal à mon aise.

(Ansío tanto la libertad que, si alguien me prohibiera el acceso a algún rincón de las Indias, viviría de algún modo más infeliz [MICHEL DE MONTAIGNE, ‘La experiencia’ en *Ensayos* (según la edición de Marie de Gournay), vol. III, ed. de J. Bayou, Acantilado, Barcelona, 2021².])

Durante mis prácticas en el instituto he sentido como mía esta frase de Montaigne. El mundo universitario es un mundo de aparente seriedad y de dependencia poco disimulada. La risa en las aulas, ese estallido libre de aire que parece desatascar todos los orificios por los que entra el maravilloso impulso filosófico, es extraña en la universidad, pero, según mi experiencia, no lo es en la secundaria. Las incongruencias llevan a la risa y la risa a los primeros atisbos de la idea. Toda epistemología, metafísica, ética, lógica, en definitiva, todas las ramas en las que se ha querido dividir el átomo de la filosofía se revelan como puramente filosofía: la idea del bien no es solo una cuestión de teoría del conocimiento o metafísica. Conocer la idea nos obliga voluntariamente a hacer el bien y, en consecuencia, nos va bien (εὖ πράττειν). En el primer libro de la *Metafísica*, Aristóteles comenta que la señal de conocer las cosas es la habilidad para enseñarlas. Y añadiría la bondad para enseñarlas: cuando pienso que podría haber sacado una matrícula de honor si hubiera explicado esos términos –“onto-trascendencia”, “onto-teología”, “trans-física” o “meta-física”– y su importante separación mediante un guion no puedo evitar reír. Si ese es el trabajo del filósofo, será mejor que me busque otro oficio:

διάνοιαν δὲ αὐτὴν ἔν γε τῷ πρόσθεν που ὀρισάμεθα—ἔστι δ’ ὡς ἐμοὶ δοκεῖ, οὐ περὶ ὀνόματος ἀμφισβήτησις, οἷς τοσοῦτων περὶ σκέψις ὅσων ἡμῖν πρόκειται.

[En algún momento anterior empleamos la palabra “pensamiento”; pero no me parece a mí que deban discutir por los nombres quienes tienen ante sí una investigación sobre cosas tan importantes como ahora nosotros. (PLATÓN, *República* 533 d-e, trad. de J. M. Pabón y M. Fernández-Galiano, CEPC, Madrid, 2006.)]